

Ramón Doll

Un memorándum para entender la vida política argentina ⁽¹⁾

I



ODA la historia argentina es una lucha dramática entre dos grandes corrientes nacionales: unitarismo y federalismo.

Claro que esas palabras, estrictamente entendidas, no son más que fórmulas constitucionales o administrativas de escasa importancia histórica y social.

Pero esas dos palabras, en la Argentina y para un argentino familiarizado con su geografía y su economía y con su historia, provocan y despiertan una cantidad de sentimientos, asociaciones y valoraciones, significan fuerzas sociales y económicas bien caracterizadas y sintetizan numerosos juicios y prejuicios, supers-

(1) Figura Ramón Doll entre los más valientes y personales críticos literarios de Argentina. Su labor es de revisión y análisis implacable de la realidad histórica y literaria. Con una independencia llena de brío, con una cultura sólida y ejemplar, este escritor contribuye en la vecina república a deshacer muchos prejuicios históricos y a poner en su verdadero lugar las figuras que la adulación o el espíritu de tribu, colocaron en pedestales, al parecer inamovibles. Sus libros *Liberalismo* y *Policía Intelectual*, son espléndidas y gallardas contribuciones a esta revaluación histórica y literaria que se ha iniciado en casi todos los países hispano americanos.—(N. de la D.).

ticiones y realidades, móviles subalternos y nobles ideales.

II

Lo unitario es el puerto de Buenos Aires, el urbanismo, el refinamiento de la ciudad grande, la cultura europea transplantada, el industrialismo, el comercio libre, los afrancesados de 1810, de 1820 y de 1880; en otras palabras, lo unitario ha sido ese ideal de patria que consistió, en la Argentina, en hacer un país a imagen y semejanza de Francia o de Norteamérica.

Lo federal fué y es el espíritu de la tierra y de la campaña, la geografía gigante de selvas, cerros, ríos y pampas; el gaucho, despreciado por Sarmiento y por los unitarios de levita; el ideal federal fué territorial, aspiró a reconstituir el virreinato del Río de la Plata, no tanto por un ensueño imperialista como para preservar a las provincias distanciadas, debilitadas y alejadas de la ciudad, de los ataques vecinos.

El ideal unitario fué hacer un gran emporio, una gran factoría comercial. El federal, una modesta democracia agraria en lo económico, pero de gran sentido heroico y dignidad nacional.

III

El lector chileno que haya llegado hasta aquí, podrá estar cerca ahora, de interpretar nuestros hechos sociales y nuestra actualidad.

La escisión civil argentina subsiste. Todo aquello

que hemos designado provisoriamente lo federal, está contenido hoy en los grandes partidos políticos populares, como el radicalismo y aun en el socialista (si hacemos caso omiso de su ideología extranjera y atendemos solamente a su masa de afiliados). Las clases medias agrarias y urbanas, el proletariado muy escaso y de poca importancia política que hay en la Argentina, en fin las grandes masas populares, encarnan hoy formas de la antigua corriente federal.

Ahora, las formas del antiguo unitarismo se renuevan en una oligarquía prepotente, de fuerte y marcado porteñismo, al servicio casi exclusivo del imperialismo extranjero, predominando el inglés. Las consecuencias actuales de aquel ideal unitario de que hablamos y que en algunos hombres fué, sin duda, de buena fe, las consecuencias de aquel ideal de patria «civilizada y progresista» a outrance son un envilecimiento colonial. Estamos poco menos que convertidos en una colonia inglesa.

IV

El lector chileno que desee tener una idea clara de nuestra guerra civil, tendrá muy presente lo que sigue:

En la Argentina, solamente esa corriente que hemos llamado *unitaria* (extranjerización económica y cultural del país, colonización en todo sentido), ha tenido expresión, quiero decir que si un chileno se acerca a nuestros escritores, a nuestros discursos políticos, a nuestra enseñanza universitaria, sólo encontrará expresados

en esas manifestaciones de cultura, los intereses, los anhelos, los ideales, los juicios de la corriente unitaria que en la actualidad se encarna en la potente oligarquía política, agente del imperialismo extranjero, que nos sojuzga, que nos oprime, que nos envilece.

La otra corriente federal, popular, populista, campesina, provinciana, no tiene expresión. No hay una tradición cultural de lo federal. Una campaña hábil, lenta, tenaz, que ha durado 80 años, campaña que se ha hecho en «La Prensa» y en «La Nación», en la Universidad, en todas partes, ha silenciado siempre a aquellas otras formas de cultura original y autóctona, arraigada a la tierra y a la nación.

V

En ningún otro país de Sudamérica lo escrito y lo legislado están tan divorciados de la realidad nacional, como en la Argentina. Esa realidad no ha tenido, en general, defensa en inteligencia, salvo, claro, excepciones como «Martín Fierro», que fué una elegía del gaucho, menospreciado y puesto fuera de todos los valores vigentes en el siglo XIX.

Pero una cantidad de razones que sería largo detallar, pero de las cuales, la principal es la quiebra de la civilización europeísta, técnica, progresista, que empezó en las trincheras del 14; quiebra que nadie puede negar y en último caso nadie podrá decir que desde el 14, algunos dogmas como el progreso indefinido, han sido puestos en observación cuando no en berlina.

Y bien; nada de particular tiene que los argentinos hayamos sido en Sudamérica los que más hemos sufrido en carne viva la decadencia de Europa y de la civilización mecánica del siglo XIX, a base de usinas y de cuarto de baño.

Las clases dirigentes argentinas que desde 80 años a esta parte se dedicaron a desargentinizarnos y a europeizarnos, se encuentran ahora con que Europa no vale cuatro reales y que, en cambio, esencias argentinas valiosas como todo aquello que hemos englobado bajo el término *federal* (que en nuestro país significa muchos nódulos sociales, muchos sentimientos, muchos modos de vivir), esas esencias—repito—son las únicas valederas, son el nacionalismo bien entendido, popularmente entendido. Pero esas esencias no están formuladas, están sumergidas, inanimadas.

Recién en estos dos últimos años puede decirse, se comienza a decir algo. El lector que tuviera curiosidad podría leer:

«La Argentina y el imperialismo británico» de Rodolfo y Julio Irazusta, quienes hacen un proceso apasionante de nuestras clases dirigentes que empiezan en los gobiernos dictatoriales (1813 a 1820), en los unitarios (Rivadavia, etc.), en los vencedores de Rosas (Mitre, Sarmiento, etc.), en las oligarquías que gobernaron hasta 1916 y que retornaron el gobierno en 1930 hasta ahora. La enorme, la perturbadora influencia de Inglaterra (a veces por medio de la Corte de Río de Janeiro), en la vida argentina, tiene en el libro de los Irazusta, una exposición brillante y lacerante.

Saúl A. Taborda, en Unquillo, provincia de Córdoba, publica una revista personal, poniendo en vigencia los valores auténticos de la argentinidad.

Héctor Olivera Lavié, novelista, ha narrado en «Las Montoneras», la irrupción de las masas gauchas en la política nacional.

Eduardo Mallea, en un folleto último, «Conocimiento y expresión de la Argentina», presenta, con elegante estilo, esa angustia de no poder expresar esa falta de tradición expresiva que torna imposible o difícil, dar formas culturales a las auténticas directivas argentinas.

Enrique Amorín, en una novela, «El paisano Aguilar», recompone la figura del campesino argentino tal cual es y en su protagonista trata de expresar el drama de nuestra campaña subvertida y falsificada por la acción de la ciudad, mientras la ciudad a su vez vive incomprendida por el campo.

Sería largo dar cuenta al público chileno de esta fiebre que cunde en la Argentina, por reconstruir la verdadera argentinidad, por regenerar los tejidos vitales de la nación, destruidos, continuamente lesionados por la acción de un Estado que no supo aprehender el alma nacional. Mas lo cierto es que en todo el pueblo, en todas las clases sociales cunde el ansia de volver por nuestros fueros. El anti-imperialismo, en efecto, es la palabra de orden hoy en la Argentina. Y en esa palabra anti-imperialismo, no hay más que una vuelta atávica de la montonera federal, de la horda (como decían los señorones y señoritos de 1820, que negociaban

nuestros territorios ante las Cortes europeas y buscaban un rey), cuando esa horda defendía la integridad territorial.

Hoy quiere defender las riquezas, el patrimonio moral y material argentino.

Esto es lo que se percibe debajo de la hojarasca palabarrera que envuelve las discusiones políticas e intelectuales en la Argentina. Ello está en la realidad, aunque en la mayoría de los libros que se publiquen, esa realidad sea interpretada con patrones europeos. En efecto, aquí hay publicistas maurrasianos, marxistas, tomistas, stalinistas, liberales, antiliberales. Y cada uno ve las escisiones argentinas según el método que aprendieron en su librito.

A nadie se le ocurre—o a pocos, según nombramos—analizar la realidad argentina sin prejuicios, desnudamente, sin gafas librescas. El que lo hace, no encuentra, como el marxista, de un lado proletarios, de otro burgueses; ni como el maurrasiano, de un lado *demos*, de otro, clases selectas; ni como el católico, de un lado el camino, la vida y la verdad, y del otro, el averno. El que se desentiende de la librería europea, ve de un lado *unitarismo* de otro *federalismo*.

Y he tratado de explicar que se entiende por eso, para entender algo de la Argentina.